

SECCION DOCTRINAL.

LA NATURALEZA ANTE LA CIENCIA Y LA FÉ.

(Conclusion.)

V.

EL INSTINTO DE UN INSECTO.

Activo y bullidor insecto, que tan pronto te lanzas ansioso sobre el puro cáliz de una flor silvestre, como agrupado á numerosos compañeros, giras zumbando por el aire, ó en bullicioso tropel te precipitas con ellos en el reducido agujero de la añosa encina; ¿qué agitacion febril es esa que te anima, y por qué diriges feroz tu envenenado dardo á todo el que te observa, ó tropieza contigo en su camino? ¿Quién eres, de dónde vienes, á dónde vas?

— Mi nombre es abeja laboriosa: soy el elocuente emblema del trabajo y la constancia, al par que un admirable prodigio de la creacion, por el singular instinto que la sabiduría eterna ha querido encerrar en mi cráneo microscópico.

Soy desgraciada *obrero* de la monarquía en que vivo; pues la dura suerte me condenó sin piedad desde la cuna á ser estéril; mas yo me vengaré, sacrificando sin compasion por leyes de mi instinto, á mis hermanas, en el terrible dia del exterminio.

Soy la encargada, por orden de mi soberana, de disponer la régia estancia, la alhajada cuna de los príncipes y el delicado néctar con que ha de alimentarse la augusta larva que anhelante aguardo.

Soy tambien, con otras compañeras, á quien está encomendada la vigilancia y custodia de las tiernas princesas;

mas no sin sentir el empeño de instinto de perder nuestras vidas, si forzoso fuera; por defenderlas de las terribles asechanzas de sus ilustres rivales.

Soy el desheredado varon de este imperio, á quien rudo destino tiene sujeto á incesante trabajo, y fatiga sin treguá, hasta que la deseada muerte, dada por diestra mano femenil, venga á romper los lazos de mi penosa existencia.

Soy, en fin, la *reina* de este pueblo, á quien sumisos rinden tributo todos sus vasallos, á quien valientes amparan en caso de peligro, y á quien contentos y leales siguen con zumbante algazara de júbilo, áun fuera de la cara patria. ¡Tan grande y santo es el amor que mis súbditos me profesan!

— ¡Me admira, incomparable insecto, lo que eres!

— Pues oye ahora de dónde vengo.

Vengo de recoger, con los cepillos de mis plantas, el misterioso pólen de las flores para convertirlo en pequeños átomos redondos, despues de haberlo amasado con el jugo de mis labios.

Vengo de sacar de los retoños y yemas de los árboles silvestres, la olorosa resina, con objeto de llenar los espacios vacíos, en el ámbito trazado para edificar la rica capital de un nuevo imperio.

Vengo de acompañar á la reina, mi señora, á una excursion de recreo y solaz por los aires, para elegir entre sus nobles vasallos el afortunado sér que ha de compartir con ella el régio tálamo nupcial.

Vengo de la numerosa revista, ordenada por nuestra augusta soberana, para promulgar la nueva y rigurosa órden higiénica del imperio, de renovar perfectamente el aire respirable, agitando todos los súbditos á la vez sus alas desde el puente levadizo de la ciudadela, hasta la régia estancia.

Vengo, en fin, de tapar con la blanda grasa virgen, que elaboro, la delicada mansion preparada en capullo sutil para las augustas ninfas, velando con solícito amor en torno de su cuna, hasta que adornadas con sus ténues alas, rompan con mi auxilio el estrecho recinto que las guarda.

Ya sabes de dónde vengo: pues medita ahora adónde voy.

Voy á libar el dulce jugo, que solícitas guardan en su seno las más frondosas flores de los valles, y que el calor y trabajo de mi cuerpo cambiará más tarde en la dorada miel de mis panales.

Voy á trazar con sublime maestría el exágono prisma de mi estancia; que tanto admira el sabio y minucioso escudriñador de mis acciones.

Voy á cubrir con espeso cortinaje el trasparente cristal de nuestro reino, para apagar un tanto la ofensiva luz del sol y velarme á las indiscretas miradas de los curiosos.

Voy á depositar en preciosos tarros el más suave y delicado néctar que elaboro, para nutrir con él á los amados hijos de mi reina, que dentro de tres días saldrán dichosos á la vida de estos diminutos huevezuelos.

Voy, en fin, á fabricar la religiosa cera de los altares; esa pura y blanca masa, síntesis del tributo de adoracion que todos los elementos rinden á su Dios, pues que comenzando en el vegetal silvestre, á cuyo misterioso seno acuden bajo mil diversas formas, y concluyendo en mi cuerpo animal, la virgen cera tiene condensada de ambos reinos la esencia elemental que los constituye, y que ella ofrece ufana al pié del ara santa, como ardiente homenaje de amor al Hacedor del mundo.

— ¡Bendito sea, inteligente insecto, aquel Divino Sér que te distinguió con tan admirable instinto! Sólo tú bastarías para revelar al hombre la visible existencia de un Dios, dotado de infinito y sabio poder!

VI.

UN ÁTOMO DE ARENA.

Ténue, invisible obstáculo, en que tropiezan, sin poderte aprisionar, mis dedos; que ya deficultas la marcha de mis pasos, como blando tapiz de los campos ofreces cómodo descanso al fatigado cuerpo, ¿quién eres; de dónde vienes, á dónde vas?

— Soy el fruto de amorosa union entre un abundante ele-

mento mineral; el *silicio*, y el precioso agente de la vida, el productor del agua y del aire; el oxígeno, en fin.

Soy la última y elocuente huella de aquel célebre talisman, que para hablar usaba el sabio filósofo de Grecia.

Soy microscópico resto del bello y-transparente cristal des-tacado de las entrañas de la tierra y de esas mil piedras pre-ciosas, de tan diversos como primorosos matices.

Soy elocuente é histórico despojo de la civilizacion de anti-guos pueblos.

Soy el humilde lecho por donde plácido discurre el manso arroyo, ó se despeña el agitado torrente.

Soy, en fin, la empinada montaña por donde medrosa trepa la laboriosa hormiga

Vengo del seno de ese caudaloso rio á donde me llevó, en remotos tiempos y desde mi tranquila patria, el ímpetu veloz de otro hermano suyo, confundido despues con él en la rápida corriente.

Vengo de formar en las candentes y dilatadas llanuras del África, á impulsos del fiero huracan que las agita, esa nube asoladora terror de las errantes caravanas del desierto.

Vengo, en fin, conducido en alas de la rizada ola al tér-mino de mi camino, á la hospitalaria playa, á cuyos piés seré lanzado revuelto entre la hirviente y blanca espuma.

Ya sabéis lo que soy, y de dónde vengo: contemplad ahora á dónde voy.

Voy á formar el suelo fecundante de las plantas, y á ofre-cerme como primer elemento de construccion, desde la mise-rable choza humana hasta el suntuoso palacio de los reyes.

Voy á disolverme en el agua para urdir la trama del vege-tal, servirle de alimento, y labrar sus delicados huesos.

Voy á complacer los deseos del hombre prestándome á fa-bricar con mi presencia, desde la rica copa del festin, hasta el humilde vidrio de la pobre estancia.

Voy á afinarme más y más, dentro del agua, para preparar los manantiales útiles al desgraciado enfermo.

Voy á guardar en mi seno el agua bienhechora, que más tarde habrá menester la sedienta planta.

Voy, en fin, á perfeccionar mi sér al roce de otros átomos

de arena, hermanos míos, para convertirme en la vista artificial del hombre.

— ¡Dichoso tú, mil veces, admirable átomo de arena, que sumiso á la voluntad divina realizas perpétuamente tan asombrosos hechos en el penoso y largo camino trazado por el dedo del Altísimo, recorriendo desde la gigante y primitiva roca, hasta el virgen suelo de los campos árabes!

¡Desgraciado de tí, átomo humano, si nacido con libre albedrío para realizar el bien eslabonado, por la senda que te trazó con su propia sangre el Hijo del Eterno, te complaces en derrumbarte por los precipicios del egoísmo y de la maldad!...

VII.

LA MOLÉCULA DE FÓSFORO.

Y tú, espíritu fugaz, que invisible cuando alumbra el brillante astro del día, luces con agonizante fulgor en la oscuridad de la noche, destacando de tu seno vaporosa y blanquecina nube que se deshace en el viento, que ya conservas un día y otro día esa misteriosa y fatídica luz, como irritado por el choque, 'ardes vivo y furioso cual si quisieras devorar á quien te inquieta; ¿quién eres, de dónde vienes, á dónde vas?

— Óyeme breves instantes, y satisfaré tus deseos, privilegiado mortal.

Mi nombre es *porta-luz*; soy un elemento mineral, esparcido por el mundo, para cumplir la rotación que me trazó mi divino y sabio Criador.

Soy el espíritu fosforescente, que en la oscuridad de la noche vaga por los fríos y silenciosos sepulcros de los cementerios y por los sombríos y rojos campos de batalla.

Soy la bella y vaporosa estela que ilumina la blanca espuma de los mares, nacida al brusco empuje de las veleras proas, ó de la potente hélice marina.

Soy la débil antorcha que en el fondo del inmenso Océano, guía al perezoso pez para hallar el sustento que anhelante y voraz busca.

Soy, en fin, la suave y misteriosa luz que ilumina esa ex-

tensa zona, que en su purísimo azul ostenta el firmamento: mágica, encantadora huella, trazada por las divinas plantas de María, al cruzar la inmensa superficie de los cielos.

Vengo del corazón de una roca cristalina, á donde me refugié después que á la potente voz del Altísimo, brotamos en confuso tropel, del caos, todos los elementos que componemos el mundo.

Vengo envuelto en un poco de tierra, para fertilizar los campos y preparar de este modo el sustento del hombre y de los animales.

Vengo de la leche y carne de los ganados; de las aves, de los peces y de los frutos vegetales, en donde ya he perdido mi rudeza primitiva, para ofrecerme al Rey de la creación suave, activo y organizable.

Vengo, en fin, de un grano de trigo, para introducirme con el puro y blanco pan de cada día, en el cuerpo humano, y nutrir los huesos que han de servirle de esqueleto y sostén en su penosa marcha sobre la tierra.

Ya sabes quién soy, y de dónde vengo; oye ahora á dónde voy.

Voy á prevenir al hombre que me busque con afán por todos los puntos del globo, ya formando los despojos de antiguas generaciones, ó bien constituyendo masas subterráneas, para que me utilice en regenerar la perdida fertilidad de sus campos.

Voy recorriendo todos los países del mundo, para comunicar con rapidez á las gentes el vivo fuego que escondo en mi seno.

Voy á disolverme en el agua de los arroyos, fuentes, manantiales y ríos, á fin de llevar á los mares, con mi presencia, el sustento y la vida de los innumerables seres que le habitan.

Voy á rogar al hombre, que se sirva de mí como de antorcha y señal, al cruzar los extensos mares, para evitar las terribles desgracias que por esta falta le acontecen.

Voy, en fin, á cubrirme con bendecido sudario para guardar los restos de la criatura humana, á la que cariñoso acompañó perpétuamente hasta en el silencio de las tumbas.

—¡Sigue en paz, admirable molécula de fósforo, tu rumbo providencial, á través del tiempo y de las generaciones, y bendita sea la prevision divina de *Aquel* que te destinó á tan importante y digno empleo!

VIII.

UN GLÓBULO DE HIERRO.

Pobre y humilde metal, con quien tropiezo doquiera; que ya te veo pendiente de la mansa pareja mugidora, abriendo el abultado surco por donde más tarde la mágica mano humana escribirá el nombre de una planta bienhechora, como te siento con terror vibrar, hendir los aires y dar la muerte al mismo quizá, que te manejó bajo la inofensiva esteva, ¿quién eres, de dónde vienes, á dónde vas?

—Óyeme atenta, predilecta criatura del Señor.

Soy, en efecto, un pobre y humilde metal, ora escondido en el seno de la tierra, ora disperso por toda su superficie; ya disuelto en el agua cristalina, como formando grueso filon en apretada roca.

Soy abundante, por lo mismo que es tan necesaria mi presencia para los campos y para el hombre; pues la sabiduría eterna sólo ha economizado en el mundo lo inútil ó nocivo.

Soy el fino alambre, por cuyo seno pasa la invisible y misteriosa fuerza que pone en comunicacion á la familia humana, del uno al otro extremo de los mares.

Soy el último resto de bélico trofeo, ganado con santo heroísmo en defensa de la justicia y la independencia de la patria.

Soy la diminuta huella de la cadena, con que amarrado el pobre cautivo discurría lloroso por las árabes comarcas.

Soy, en fin, enmohecida reliquia de aquella impía lanza que abrió el divino costado del Salvador, para irradiar en el mundo hasta el último resto del insaciable amor encerrado en su santísimo seno.

Vengo rodando desde las altísimas regiones de los planetas, cuya candente masa gira en perpétua rotacion por los espacios celestes.

Vengo para servir de espesa cota, ó resistente escudo, al hombre, y resguardarle de la muerte que loco busca en jactancioso torneo, ó en el campo de batalla.

Vengó para forjar la invencible espada de los héroes y la santa cruz que corona los elevados templos.

Vengo tendido en dilatada vía, para que el hombre cruce el espacio con la velocidad del rayo, arrastrado por los férreos gigantes de la moderna industria.

Vengo, en fin, á destronar por mi universal importancia, al rey de los metales, al orgulloso oro, reducido de hoy más á ser codiciado de las gentes sencillas ó ignorantes, arrastradas, no por su utilidad propia, sino por una falsa idea tradicional.

Ya sabes lo que soy, y de dónde vengo: pues oye á dónde voy.

Voy á disolverme en las aguas, para crear mil variados manantiales que devolverán la quebrantada salud al infeliz enfermo.

Voy á ofrecerme sumiso á la industria humana, para que disponga de mi sér á su albedrío, ora dándome la variada forma del precioso arado, ó el corte sutil de quirúrgico instrumento; ya estirándome en aguzada punta, para arrancar mejor el rayo destructor á la terrible nube, como formando de mi masa esos oscuros mónstruos, verdaderos megaterios de la mecánica moderna, á quienes el genio inmortal del hombre ha logrado transformar en potentes y dóciles servidores de velocidad y de fuerza.

Voy á cubrir con tenaz y denso escudo, el corvo leño de velera nave, para proteger la vida del hombre, amenazada hasta en el seno de los ilimitados mares por su ciego y feroz hermano. Voy á sostener el peso de oscilante puente: voy á cubrir el casco del valiente y fiel caballo: voy, en fin, á circular por la sangre humana, para llevar por doquiera el calor, el movimiento y la vida.

—¡Deja que absorto contemple, maravilloso metal, la elocuente enseñanza que en tí advierto, viéndote instrumento de vida, ora bajo la forma aguda, ó esférica, en la esteva y el glóbulo sanguíneo y á la vez siendo mensajero de la muerte,

bajo estos mismos estados; ya forjado en lanza y espada matadora, como en la dura y veloz bala asesina! ¿Será tu historia, por ventura, enérgico aviso al hombre para advertirle que según el uso que haga *de aquel divino metal*, que recibió del cielo, así puede alcanzar la vida como la muerte eterna?...

IX.

CONCLUSION.

Grande, admirable es vuestra concisa historia ante la ciencia y la fé, insignificantes eslabones del mundo material, que el hombre habita. Bien puede aprenderse por vosotros la existencia de un Dios, tal como el alma cristiana le presente y adora, y ningun mortal podrá, despues de oiros, dejar de abrir los ojos á la evidencia de la luz eterna, á donde con tanta seguridad como sencillez conduce tambien la fé al verdadero creyente.

Pero decidme, ¿no sería posible saber por vosotros mismos, para contento del alma y satisfaccion de la curiosidad humana, alguna otra prueba más de la paternal solicitud del Criador por el hombre? ¿No habria en vuestras condiciones más íntimas, alguna notablé y ménos conocida, que fuera clarísimo indicio de la cariñosa prevision que Dios ha demostrado en todo lo que se refiere á su criatura predilecta?

—Son tantas, Señor, las que podemos referir, que, en verdad, no sabemos cuál deba ser la preferida: sin embargo, expondremos una especial y muy elocuente, demostrada á cada instante por las investigaciones de la química moderna. Héla aquí:

No solamente Dios ha llenado con profusion la tierra de todo lo que pueda ser necesario al hombre y en proporcion de su utilidad, como puede admirarse en la inmensidad del aire atmosférico y del agua; en la extraordinaria abundancia de la cal, la sílice, el hierro, el fósforo y demás cuerpos de indispensable empleo; sino que ha llevado más allá su paternal amor, dotando á todas las sustancias, perjudiciales á su obra más querida, y ora sean naturales, ó bien producidas

por el arte, de marcadísimos caracteres físicos, que á modo de ruidosos postillones, van gritando á la criatura humana: huye de mí, porque en mis entrañas llevo la muerte: separate de mi camino, hasta que por la observacion y la ciencia aprendas para qué sirvo; pues has de saber, que nada ha salido inútil de las manos del Altísimo, y que así como cada uno de nosotros tiene su antídoto al lado, de la misma manera cada cuerpo, de los que hoy existen y puedan conocer las remotas generaciones, posee ya y ofrecerá á la humanidad, numerosas é inagotables aplicaciones. Y luego parece como que Dios habla al hombre y le dice: «Hijo mio, interin
 »adquieres aquel grado de perfectibilidad social, de que eres
 »susceptible, deja que vele por tu vida advirtiéndote con clarísimas señales los peligros á que te expones, tropezando
 »en el mundo con ciertos cuerpos venenosos; deja, en fin,
 »que te indique la máscara que encubre el rostro traidor de
 »estos terribles enemigos de tu salud y de tu existencia:
 »acércate, y óyeme con atencion. Hay un terrible veneno,
 »engendrado en diversos casos y por diferentes motivos, que
 »quizá te incite algun dia bajo mil disfraces de color y de
 »aspecto: á este veneno, le llamará la ciencia ácido prúsico:
 »huye siempre de él, y para que le reconozcas, yo le dotaré de un insoportable olor que te le revele á grande distancia.

»Muchos gases existirán tambien, que cual éste, serán perjudiciales á tu existencia. Pues bien, á unos, como el cloro, les marcaré con color verde amarillento; á otros, como los gases nítricos, los teñiré de rojo; á otros, como el gas sulfhídrico, les señalaré un olor tan irresistible y repugnante, que te advierta el inminente peligro que corres á su lado: al fósforo, le haré luciente en la oscuridad, para que te avise, é inflamable siempre, á fin de que te quemé cuando le cojas con mano homicida: al yodo, bromo y arsénico, les daré color y olor, tambien muy marcados para advertirte el riesgo á que con ellos te expones: y en fin, sólo aquellos elementos ó cuerpos, que no te sean nocivos, carecerán del constante aviso que siempre notarás en los contrarios. Por eso jamás observará señal alguna, tu instinto ó tu ciencia,

»ni en el puro aire que respiras; ni en la clara y cristalina
»agua que sacia tu sed.»

Decídme ahora, curioso mortal: ¿habrá quien dude, des-
pues de esto, de la amorosa y paternal prevision divina?

—Sí, admirables entidades de la creacion: todavía hay des-
graciados séres, que se atreven á pronunciar la estúpida ó
blasfema palabra, *casualidad*, movidos por el peor veneno
que puede haber en el mundo; *por la ingratitud humana!*

X.

Nada tan sublime; ni que más eleve la dignidad del hom-
bre, como ese elocuente testimonio que el estudio de la na-
turaleza nos dá, de la huella de Dios en todo lo creado, desde
el átomo de arena, hasta los mundos que giran en el espacio;
desde la gota de agua, hasta el inmenso abismo de los mares;
pero todavía hay una cosa superior, que inunda el alma de
dulce esperanza, y es, contemplar como se sintetizan en el
Hacedor un infinito y sabio poder, con una bondad y solicitud
por el hombre tambien infinitas.

En vano los indiferentes y los materialistas, es decir, los
autómatas de la humanidad y los fósiles vivientes, se es-
fuerzan por dar torcida ó maligna interpretacion al mundo
que nos rodea, creyendo, en su inocente maldad, que de esta
manera consiguen empinarse un tanto sobre la creacion y
hombrear en cierto modo con Dios. ¡Pobres ilusos, ó despre-
ciables incrédulos! El más insignificante fenómeno natural,
interpretado con verdadera ciencia y un corazon puro y cris-
tiano, es una página brillante y condensada del Evangelio; y
nada hay que premie los afanes y desvelos del hombre con-
sagrado al estudio de los secretos de la naturaleza, como ver,
con religiosa emocion, de qué modo todas las verdades que
va descifrando en su lento y difícil camino, se enlazan armó-
nicamente con la verdad absoluta, que es Dios omnipotente.

Por eso no hay ciencia, allí en donde faltan semejantes
verdades.

Pero volvamos á nuestro objeto dominante, interroguemos
de nuevo á la materia; que quizá oigamos de sus ingénuos y

elocuentes labios algun oculto misterio, que nos induzca á profundas y trascendentales reflexiones.

—¡Admirables rudimentos del mundo! yo os declaro con la fé del más firme convencimiento, que en vuestra sencilla historia y en vuestras maravillosas propiedades, hallo cuantos detalles pueda desear el espíritu humano más activo, en satisfacer su anhelante ansiedad de averiguar el por qué de las cosas, la causa de los hechos: que á través de vuestra inercia aparente, veo esa vida misteriosa, que la voz de Dios os imprimió, al pronunciar aquel milagroso *fiat* , cuyo eco infinito retumbó por la inmensidad del firmamento. Pero decidme, ¿no teneis en vuestra misma esencia, alguna otra cualidad oculta, de más elevada jerarquía, que las reveladas en vuestras ingenuas y verídicas narraciones? Por ventura, ¿no le será dado al hombre instruido y fiel creyente, hallar en las cualidades de la materia, en las obras mismas de Dios, *algo* , que lleve el sello de su propia esencia y hasta sea como la prueba ordinaria ó rústica de *alguno* , de los sublimes misterios de nuestra sacrosanta religion?

—Oye, criatura humana, y medita con toda la fuerza de tu inteligencia lo que van á revelarte nuestros verídicos labios; pues hemos adivinado tu objeto.

Hay en el sér, que nos distingue, un atributo constante, una cualidad perpétua, un eterno carácter, que puede llenar por completo ese deseo pueril que te anima, de buscar en lo más pequeño del mundo un hecho basto y material, que pueda servir al hombre, como de grosero ejemplo de aquella otra verdad divina, base del dogma católico y escondida en el impenetrable santuario de Dios. Sí, nosotros te demostraremos, hasta la evidencia, cómo permaneciendo siempre *una* nuestra naturaleza de raza ó familia, podemos ser *misteriosa trinidad* , en la forma y con tan distintas propiedades, que sólo el ojo penetrante y escudriñador del iniciado en nuestros secretos, puede creer que no somos otro cuerpo distinto, sino la misma materia bajo diversos estados. Y justificado esto, ¿qué sér racional habrá sobre el universo, que no crea y adore con los ojos del alma y ante la luz de la fé, la Trinidad Santísima del plan divino?

¿Quién, sea ignorante ó sabio, podrá rechazar ya, como incomprendible en la esfera de los cielos, condiciones reflejadas tan clarísimamente en la tierra?

—Pero seguid hablando, átomos queridos, que ardo en deseos de saber el portentoso hecho que anunciáis.

—Yo soy un elemento mineral é indispensable para la vida de los séres organizados: unido á otros cuerpos, constituyo combinaciones en extremo útiles al hombre; solo, represento uno de los primeros y más importantes principios de la moderna industria. Mi nombre es *azufre*: vivo en las entrañas de la tierra y ardo con lívida luz cuando el fuego abrasa mi seno. Aunque invariable en mi sér especial, cambio de forma bajo *triple y distinto agrupamiento molecular*, pero siempre conservo mi propia y peculiar esencia; de manera que, en rigor, constituyo *tres diversas manifestaciones exteriores, de mi individualidad, que arrancan de una sola y exclusiva clase de materia elemental*.

—Y yo, *átomo de fósforo*, cuya historia de rotacion conozco y cuya importancia singular aprecias, tambien declaro que en virtud de una propiedad, debida á causas que ignoro, *ofrezco tres variados aspectos físicos*, que ninguna relacion guardan entre sí; y sin embargo, *mi naturaleza jamás cambia*: amorfo, soy rojo; normal, mi color es blanco, y á impulsos del calor y el frio, me vuelvo negro; pero siempre soy el mismo y con todas aquellas cualidades que me diferencian de mis demás hermanos, los elementos del mundo. En fin, lo mismo que el azufre, yo realizo en la vida del hombre acciones diversas y dependientes de cada una de las distintas formas que menciono.

—Yo soy el *carbono*, rudimento constituyente de la creacion y principio elemental perpétuo de las plantas y animales. Existo en distintos puntos del globo, ora formando esos inmensos depósitos combustibles, que la prevision divina almacenó en las entrañas de la tierra para la humanidad del siglo xix, y sus sucesores; ya vestido con las esbeltas galas de vegetacion gigante, ó bien rodando en escondido lecho, bajo el mágico atavío de durísima piedra preciosa.

Tres son, tambien, principalmente las manifestaciones de

mi característica naturaleza: *kulla*, *grafito*, y el tipo de la riqueza y del valor social, el emblema de la pureza de la materia, el *diamante*, en fin, cuyos primorosos reflejos y simétrica estructura, no reconocen igual en el universo: hé aquí la triple y distinta forma en que puedo presentarme á la consideracion del hombre observador, *pero conservando siempre íntegra é invariable, mi peculiar esencia de carbono.*

— Me basta, elocuentísimos átomos, lo que acabais de decirme para contemplan, absorto en vuestro sér, lo que ya presentia mi alma cristiana: y comprendo fácilmente, que toda la materia reflejará como vosotros algun dia, progresando la ciencia, ese sublime carácter de *trinidad de forma, irradiada de la unidad de naturaleza*, á semejanza de la que adora el orbe católico.

Pero decidme, por última vez, ántes de separarme de vuestro lado, bendiciéndoos con mi corazon y admirándoos con mi inteligencia: ¿cómo demostrais al incrédulo ese precioso secreto que me habeis revelado? Dime tú, enaltecido diamante, ¿cómo convences de la verdad de tu sér al que duda de ella por malicia ó ignorancia?

— Oye, y en paz te queda, amado mortal.

«A quien me desconoce, le ordeno consultar la *fé de la ciencia*, única autoridad encargada de estudiarme en la tierra; y si todavía duda, quemo mis radiantes galas y entónces aparezco trocado en carbon humilde y ordinario, para igualarme á la materialidad del deseo.»

¡Así tambien, Dios eterno, guardais vuestros insondables misterios en el infinito diamante de la divinidad; y cuando la soberbia ó maligna criatura humana, quiere averiguar ó decir, fuera de la fé, encomendada á vuestros dignos sacerdotes, lo que á vos y á vuestra infinita esencia se refiere, entónces sólo forjan sus impotentes y terrenales labios, como el grosero y deleznable carbon, de lo que es purísimo diamante á la luz del alma cristiana!

RAMON T. MUÑOZ DE LUNA.

UN ALMA CRISTIANA EN EL SIGLO XIX.

EL ECONOMISTA AGUSTIN COCHIN.

III.

Excusado nos parece ya el detenernos á hablar á nuestros lectores de las virtudes cristianas ni del zelo religioso que animaban á Mr. Cochin, supuesto que se deducen con claridad de cuanto venimos historiando acerca de su breve y activa existencia; hoy nos toca considerarlo bajo su aspecto benéfico, y tropezamos desde el primer momento con el sentimiento más característico y más dominante en su alma, la caridad, esa inagotable, incansable y perseverante caridad que le absorbía y consumía, pudiendo asegurarse de Cochin, sin que en ello haya nada de exagerado ni paradójico, que murió víctima de su inmenso amor al prójimo, al prójimo pobre y doliente, cuya triste suerte era el pensamiento fijo, el trascendental problema que siempre le preocupaba y cuya difícil solución en las sociedades modernas, en estas sociedades tan poco cristianas, le atormentaba cruelmente, viendo agravarse el mal todos los días y empeñarse la humanidad en ahondar el daño y marchar fatalmente á la solución negativa, esto es, á la igualdad por la miseria, la sangre y la destrucción de la riqueza, en vez de dirigirse resueltamente á la solución afirmativa, á la que sola y exclusivamente enseñan el Evangelio y la Iglesia católica, es decir, á la igualdad por el amor del rico al pobre y del pobre al rico, por el progreso, el sacrificio y la resignación que, unidos al trabajo y la moralidad, producen lógicamente é infaliblemente el capital y el acrecentamiento de la riqueza. Mr. Cochin veía clara y evidentemente, como vemos todos cuantos no tenemos vendados los ojos por el interés ó las prevenciones de partido, los términos del gran problema social, que es la síntesis y el eje de todas las agitaciones religiosas y políticas de nuestro siglo,

y que puede plantearse con sencillez de la manera siguiente: El grandísimo problema industrial de nuestra época aumenta proporcionalmente las necesidades y la codicia de los hombres, que son tanto mayores cuanto son más grandes el bienestar y los goces que descubren; ese mismo progreso material aumentando la riqueza y la fuerza productora del capital, hace mayor la desigualdad de las fortunas, más patente para el que carece de recursos la distancia que lo separa del que disfruta de grandes comodidades, y más dolorosa esa diferencia. ¿Qué resulta? Un vivo deseo de igualarse, de mejorar, de alcanzar lo que se ve y no se tiene. Este fenómeno psicológico no puede ser más natural; pero como al despertarse en el alma no la encuentra preparada, como el progreso moral no ha sido en nuestros días lo que el material, como no hemos crecido en virtud y en desprendimiento lo que hemos ganado en riqueza, el deseo natural se convierte en afán immoderado, el desnivel se produce, y por lo tanto, la impotencia y el desorden que son inevitable resultado del desequilibrio, lo propio en el mundo físico que en el moral, y que es la causa y razón de todos nuestros males. Así es que aquel sentimiento legítimo de progreso y aquella noble aspiración á mejorar trabajando y ahorrando, que debiera despertarse en el alma del pobre, se transforma por falta de espíritu cristiano en odio y rencor, en malvados instintos, en toda clase de malas pasiones, en suma, suscitadas por la envidia, la holgazanería y el materialismo. Comprendiendo y contemplando Cochin el nacimiento y desarrollo de este cáncer, exclamaba: «Cuanto mayor sea la riqueza, la civilización y la libertad, mayor debe ser la fé religiosa y la moralidad de un pueblo; porque sino, aquellos grandes dones se convierten en gravísimo instrumento de corrupción; á la manera que toda fuerza movida por una mano inhábil, encierra un gran peligro y se vuelve en daño del que la impulsa, quien si por el contrario hubiera sabido dirigirla, habria encontrado en ella un poderoso instrumento de progreso.» Moralicemos, pues, y moralicemos de prisa, inspiremos pronto amor al trabajo y resignación cristiana para las privaciones, porque los adelantos materiales aumentan, y aumentan de una manera prodigiosa, á la par que

disminuye el amor al trabajo y la conformidad religiosa, resultando más y más grande la desarmonía y más y más terrible el porvenir. Una de dos, ó el catolicismo vuelve á recobrar en las almas el imperio que nuestra incuria y la seductora perfidia de las doctrinas racionalistas le han hecho perder, ó no hay salvacion posible para esta sociedad, que lógica y fatalmente marcha al comunismo, ó lo que es lo mismo, á su destruccion por la guerra, el hambre y la peste. Alarmadísimo desde muy jóven con tales previsiones, pues su constante contacto con la poblacion obrera de París, unido á su perspicacia natural, le hicieron descubrir muy pronto la existencia del peligro, se dedicó á *obrar*, en cuanto sus medios le permitian, para contrarestar tan grave daño. Cochin era de los que hablan y se adormecen poco, y jamás perdió su tiempo en formar proyectos ni hacer planes; empezaba por ejecutar, y trabajando ya en ellas, organizaba sus obras. De ahí la multiplicidad de sus quehaceres, para ninguno de los cuales le faltaba jamás espacio, y de ahí también la imposibilidad en que nos encontramos de dar al pormenor cuenta de sus escritos y fundaciones, dirigidas todas á combatir el socialismo, atacándolo en su fuente, esto es, en sus causas, y procurando destruir los pretextos, y á veces tambien satisfacer las razones que pueden dar lugar al acrecentamiento y desarrollo del cáncer.

«No basta, decia muy bien, que se cristianice y mejore moralmente el pobre; es tan necesario como eso, el que se corrija y le ayude el rico; de lo contrario no es posible contrarestar los efectos del mal, porque no se curan sus causas, que, renaciendo siempre, concluirian por llevarnos al precipicio en que todos, pero más especialmente las clases altas, pereceríamos sin remedio, y lo que sería peor, pereceríamos justamente.»

Mas abandonemos las consideraciones generales y pasemos á ocuparnos de los hechos. Tenemos que ser muy sóbrios al enumerarlos, y lo sentimos en el alma, porque es por extremo edificante hasta en sus pormenores la participacion de Mr. Cochin en ellos; pero la extension de este artículo ya demasiado largo y la seguridad de que nuestros lectores de-

ducirán de lo que decimos lo mucho bueno que llamamos, nos consuela y tranquiliza.

Ocupémonos primero de sus escritos y á continuación hablaremos de sus obras de caridad.

El trabajo más importante de Mr. Cochin hubiera sido sin duda la obra que estaba escribiendo al morir, y que iba á publicar bajo el título de *Esperanzas cristianas*: en ella hubiéramos hallado reconcentrada el alma entera, la vida misma, el valor moral sobre todo, de nuestro escritor; así es que, aunque cronológicamente puede considerarse este libro como el último, en realidad es contemporáneo de todos, habiendo pasado Cochin su existencia en tomar apuntes y en anotar pensamientos para escribirlo, y como en estos últimos es donde deben buscarse las fuentes de la virtud, porque ésta es hija de las intenciones y no puede fundarse en actos, que rara vez son un testimonio seguro, ni ménos en palabras, que están muy léjos de ser expresion fiel de lo que quieren decir; de ahí que para conocer bien á Mr. Cochin le sorprendamos en el secreto de su conciencia, en esas páginas que se escriben para desahogar el ánimo y sin sospechar que han de ver jamás la luz pública.

Véanse algunas muestras que escogemos al acaso:

«Usar de la razon para combatir al cristianismo, es olvidarse que el cristianismo ha iluminado la razon.»

«Cuando los hombres no hallan á la religion en las alturas de la metafísica ó el misticismo, les sale al encuentro en los desfiladeros y arideces de la vida práctica.»

«Tan imposible es á una revolucion el destruir la religion, como á un gobierno el salvarla. Es superior á una y otro.»

«El pesimismo es causa de que unos se abandonen y de que otros se entreguen á los placeres: nunca lleva á combatir el mal, que es la causa del pesimismo.»

«Cuando yo era niño, trataba de construir paredes con cantos y piedras, pero nunca las hallaba que encajaran perfectamente unas en otras: lo propio pasa en la vida; por mucha que sea la ciencia y la habilidad, siempre quedan en ella huecos que sólo pueden llenarse con ese admirable mortero que se llama el espíritu cristiano.»

«Partido católico, triste denominacion: católicos de todos los partidos.»

Mas no deduzcan nuestros lectores de estos bellos pensamientos que Mr. Cochin se detenia mucho tiempo en meditaciones especulativas; le gustaba descender muy pronto al terreno práctico. Los diversos folletos que publicó acerca del pauperismo y de la cuestion obrera; las Memorias que escribió con motivo de las Exposiciones universales de París en 1855 y 1867, ocupándose en ambas con tanto empeño del famoso grupo de objetos baratos para mejorar la condicion del labrador y del obrero, poniendo á su alcance mil comodidades de que se veia privado; su misma obra principal, *La Abolicion de la Esclavitud*; son todos trabajos eminentemente prácticos y dirigidos á aminorar los peligros del problema social que tanto le preocupaba. Unida esta justa preocupacion á su grandísima caridad, hacian que la indigencia y cuantas miserias de ella resultan fuesen para él insoportables, y que se esforzara en buscarles remedio sin reposo. De aquí que rebuscase con esmero cuanto se escribia acerca del terrible problema del pauperismo y que lo abordase resueltamente en el *Correspondant* y en los *Anales de la Caridad*, juzgando, comentando é ilustrando cuanto se escribia sobre este asunto, tan difícil para el cristiano como para el hombre público. Uno de sus trabajos más notables en este punto fué el que consagró á la estadística de la poblacion pobre de París, en cuyos pormenores no entramos, porque son poco interesantes para nuestros lectores. Sólo nos fijaremos en una anécdota curiosa y de gran enseñanza moral. Cochin, que para hacer estos estudios visitaba personalmente los centros de miseria de la gran ciudad, pudo deducir de una excursion que le llevó á las afueras de la puerta de Italia para estudiar al trapero, tipo de miseria que se proponia monografiar, que no era sólo una conducta licenciosa ó imprevisora, sino tambien un amor propio mal entendido á veces, la causa de la indigencia. Viendo sobre un muladar repugnante á un hombre de color atezado y andrajoso, pero que al través de facciones demacradas conservaba aún cierto aire de juventud,—Amigo mio,

le dijo, ¿qué motivo os ha obligado á tomar esta profesion? —El orgullo, respondió. Yo era tipógrafo, pero demasiado pobre para vestirme bien, era la burla de mis compañeros; y no pudiendo soportarla, porque heria mi amor propio, me hice traperero. Mis nuevos compañeros nada tienen que reprocharme; y aunque vivo miserable, vivo feliz con mis harapos. Esta escena impresionó mucho á Cochín y redobló su zelo, haciendo ver con mayor evidencia que no es posible separar la salud del cuerpo de la del alma. En esta conviccion, le afirmó por completo su visita á la Exposicion de Lóndres y el estudio que al través de libros, informes y buhardillas hizo del pauperismo en Inglaterra. No hay país en el mundo en el cual, en el presupuesto del Estado, en la legislacion, y hasta entre los particulares, se encuentren tantos recursos ni tanta limosna destinada á socorrer la indigencia y disminuir el pauperismo; y sin embargo en ésta, que es la nacion más dadivosa y rica, es en donde la miseria es más espantosa. ¿Por qué así? Dificil es la respuesta para el racionalismo, que señala causas divergentes y hasta contradictorias á esta gran calamidad; hay una, sin embargo, que lo explica, y domina todas las demás razones que puedan alegarse. Oigámosela exponer á Mr. Cochín: «En Inglaterra, la generosidad no tiene límites, pero el espíritu de caridad no se halla á igual altura. Mucho es, en verdad, el dar el dinero; pero el dar afecto, amor, es más todavía, y esto no puede hacerlo el protestantismo, porque no puede inspirarlos. En Inglaterra se teme al pobre y no se le socorre, *no se le moraliza* con la verdadera solicitud y el simpático zelo del cariño. El espíritu de caridad en su plenitud, el catolicismo tan sólo es quien lo posee y trasmite.»

Una calamidad, un mal mayor aún que la miseria, «porque degrada la víctima y deshonra la humanidad,» la esclavitud, despertó el zelo de Mr. Cochín hasta el punto de que su obra sobre esta gran cuestión es obra capital. Hablando de ella, dice con mucha exactitud su ilustre biógrafo Mr. de Falloux, «que en sus páginas se encuentra todo el talento y todo el corazón de Cochín. El don de la investigacion profunda y el de una exposicion razonada; la sagacidad en las previsio-

»nes, la elevacion de miras y la amenidad del estilo, dan á »esta obra verdadera y permanente importancia.» No podemos, sin embargo, detenernos á analizar un libro tan extenso, y en que trata ámpliamente, la cuestion de filosófica, histórica y económicamente, probando en sus conclusiones, además de la radical injusticia que el hecho mismo de la esclavitud establece, la inconveniencia material de esta malvada institucion, funesta, en su concepto, al país en que existe, no ménos que al esclavo. Su pensamiento está resumido en estas palabras del preámbulo: «Cuando comencé á escribir este libro, me hallaba conmovido al ver la suerte de los oprimidos, la suerte de esa raza infeliz que ha hecho la fortuna de los que perpetúan su miseria; mas al concluir mi trabajo, me lastimo de los opresores y les insto con empeño á que tengan piedad de sí mismos, poniendo término al daño que se causan con la esclavitud.»

Siguiendo sus inclinaciones á esta clase de estudios, escribió, entre otros muchos artículos que pasamos por alto, uno muy notable acerca del obrero francés, y no podemos ménos de detenernos en unos renglones que, para que no tengan desperdicio, se encargará de escribir el mismo Mr. Cochín:

«Ocuparme de los que ganan su sustento con el sudor de su rostro, es ocuparme de la casi totalidad de los hombres, pues los pocos que escapan al trabajo manual, lo deben á un esfuerzo de éste en sus padres ó en sí mismos. Los ricos deben, por lo tanto, amar á los pobres, porque ayer lo eran como ellos; y los pobres á los ricos, porque mañana pueden serlo á su vez: ayudemos á los que tienen, á conservar su riqueza, y á los que no la tienen, á adquirirla: hé ahí la verdadera fraternidad; sin ella, luchan en el mundo la envidia y la tiranía.»

«El obrero moderno tiene sobre el antiguo una superioridad indisputable. Las causas son varias: el cristianismo es la principal, porque ennobleciendo el trabajo, ennobleció asimismo al trabajador y levantó su alma, introduciendo en la vida un nuevo elemento, la caridad: los grandes descubrimientos científicos que aumentan lá cantidad de productos y

disminuyen el trabajo humano, es otra causa; y por último, la libertad del trabajo, que arrancando al obrero del poder de los reglamentos de esos gremios, tutelares al formarse pero tiránicos después, ha abierto un gran porvenir á los esfuerzos individuales. Sin embargo, el obrero moderno está descontento y cruza la vida sin sentirse feliz; un malestar continuo excitado por utopías, á las que no se resiste cuando se sufre, ha sido el fondo de su pensamiento y la plaga de su clase; sintiéndose tanto más desgraciados cuanto son más ilustrados, en lugar de conformarse con malas instituciones como lo hacia el obrero antiguo, gracias á su buen juicio, el del siglo XIX está siempre en rebelion latente, cuando no ostensible, contra un régimen fundado no obstante en principios muy superiores, y que le dá mayor bienestar.»

«¿Cuáles son las causas de esta aparente contradicción? Todas son causas morales: el obrero está hoy abandonado á sí mismo y sujeto á grandes tentaciones, fáciles de satisfacer en la inmensidad de las grandes ciudades, hasta sin vergüenza. La vida de familia no existe ante el superior atractivo de la taberna y la carestía de las más humildes habitaciones, junto esto con el trabajo de las mujeres en las manufacturas, que las separa del hogar, de que son alma y vida. Sin relaciones, con un patron que á veces ni de nombre conocen, no ven los obreros ante sí más que la seca vigilancia de un reglamento colectivo; sin amor á la religion, que ignoran, y llenos de prevenciones hácia el sacerdote, á quien temen, van á buscar sus inspiraciones en un diario declamatorio é impío y en compañeros pervertidos; por último, solos y descontentos, buscan en una sociedad secreta la satisfacción de esa necesidad de asociarse que existe en el corazón humano. En esto viene una revolucion, y el desorden encuentra en sus filas rencorosos y terribles á los que mayor interés tienen en combatirlo, y en que no venga con sus lógicas consecuencias á lanzarlos en una inevitable indigencia. ¿Qué remedio? La experiencia y los progresos realizados ya lo señalan con claridad: el remedio está en el ahorro, en la vida de familia, en la caridad que dá, pero sobre todo que moraliza. ¿Y quién crea, quién produce estos bienes? La re-

ligion: *sólo ella* los inspira y comunica fuerza para realizarlos.»

« Además, alejemos al obrero de los grandes centros, porque sólo las poblaciones pequeñas pueden proporcionar plena satisfacción á sus legítimas aspiraciones, y allí únicamente se pueden encontrar unidos por vínculos paternales el patron y el obrero. Formándose entre ellos relaciones permanentes, se conocen de padres á hijos, se atienden, y no se paran las fábricas, aunque disminuya la demanda. La mujer del patron visita á la del obrero, y es su recurso, su protectora y su confidente. En una ciudad pequeña no está lejos el campo ni es cara la tierra; y el obrero que puede darse este esparcimiento, que tiene un jardincillo; que ama la torre de su iglesia, comienza á ser feliz y á ser bueno, y la sociedad *puede reposar entonces tranquila.* »

« El mal está abajo, es cierto, más donde principalmente es preciso buscar remedio es arriba; el hombre no puede vivir aislado, y todas las clases se tocan y necesitan, influyendo siempre unas en otras, ya sea para bien ya para mal. Por eso, concluye Mr. Cochin, asegurando que la manera más eficaz de mejorar las clases inferiores es reformar el espíritu de las clases superiores. »

Excusamos advertir á nuestros lectores que lo que pide aquí el distinguido economista á las clases ricas es que trabajen, que moralicen, que socorran é instruyan en la religión verdadera al obrero y que no crean que adormecidas en el placer pueden evitar el advenimiento de crisis comunistas que las arruinen y devoren en justo castigo de su egoísmo.

Basta ya de los escritos de Mr. Cochin aunque falten otros, y muy interesantes, de que debiéramos ocuparnos, si el espacio fuera mayor y no tuviéramos que decir algo de sus múltiples obras é instituciones benéficas.

La Compañía del ferro-carril de Orleans fué sin duda el campo más vasto en que se ejerció la caridad de Mr. Cochin, y en el que más imperecedera huella ha dejado su asombrosa actividad. Administrador de esta gran empresa industrial á la edad de treinta años, desplegó en tan importante cargo

la instruccion múltiple y anchura de miras que el comercio exige más que ninguna otra profesion; y de esa noble manera empleaba Mr. Cochin su poderosa inteligencia con gran proyecho de la industria francesa, que en este punto al ménos ganaba considerablemente con el sistemático alejamiento de la política que imponia el gobierno imperial á hombres de la grande elevacion y dignidad de carácter de Cochin. No vamos á ocuparnos de las interesantes reformas y poderoso desarrollo que adquirió la Compañía de Orleans durante aquel período; pero sí de la más trascendental y provechosa de las novedades debidas á las gestiones de nuestro amigo, la introduccion del espíritu religioso y la fundacion de considerable número de instituciones benéficas para los obreros de la Compañía.

Los resultados han sido asombrosos. Estableció cursos nocturnos en los que se ilustraba y moralizaba á obreros y aprendices, conferencias especiales en los mismos talleres, que iniciaban á los concurrentes en el conocimiento científico de los objetos principales de sus trabajos; asimismo extendió al poco tiempo este beneficio á las hijas de los obreros, que hallaban así una escuela cristiana junto al techo paterno y cuando llegaban al término de su instruccion primaria, vivian bajo la custodia de las hermanas de San Vicente de Paul, en una escuela profesional, donde las preparaban con acierto á ser hábiles obreras y madres de familia católicas. No contento con esto, y queriendo contrarestar en sus obreros la fatal influencia de esos *restaurants* económicos de las grandes ciudades, fundó una especie de refectorios, admirablemente organizados, para los individuos de la Compañía, en los que por el módico precio de dos á tres reales comian sana y regularmente servidos, y cuidados por las hermanas de la caridad, que eran consideradas con el mayor respeto por aquel enjambre de personas, cuyo carácter, origen y hasta creencias eran distintas. Un almacen de objetos baratos de vestir completaba la obra de esta fundacion. Por último, creó asimismo una sociedad de socorros mútuos entre sus empleados y obreros, que les aseguraba un retiro decente á los 56 años. Esta asociacion, perfectamente dirigida, se halla hoy en grande

prosperidad; gracias á los hábiles reglamentos escritos por Cochín; y en prueba de ello, diremos á nuestros lectores que hace dos años pasaban de cinco mil los asociados, y que los presentados ó retirados recibían doscientos sesenta francos anuales, y las viudas y huérfanos ciento cuarenta. Otra victoria logró Mr. Cochín en esta sociedad, que, dada la resistencia de sus compañeros de administracion, fué muy grande y necesitó el apoyo de los obispos de las poblaciones por donde atraviesa el ferro-carril para conseguirla: nos referimos al descanso dominical que logró por fin para sus queridos obreros. Este mismo espíritu le llevó, despues de haberse ocupado del trabajo, del alojamiento, de la alimentacion y del ahorro del obrero, así como de su descanso, á pensar en que éste no fuera un nuevo peligro para él, y se ocupó en proporcionarle honesto esparcimiento siguiendo la divisa de San Agustin *Delectatio ordinet animam*. Este fué el origen de la fundacion quizá más importante que debe la Compañía de Orleans á la caridad de Mr. Cochín, los círculos católicos de obreros. Esta institucion, hoy tan floreciente, halló grandes dificultades en su origen, y debió muy principalmente á Mr. Cochín, que preferia pecar de importuno á dejar se le escapase una ocasion de ser útil, el que se hallara el dinero suficiente para el establecimiento del primero de estos círculos, que fué el de Monte Parnaso. Creado con objeto de evitar á los obreros parisienses y especialmente á los recién llegados de provincias, los grandes peligros de la capital, se abre todas las noches ofreciendo á sus socios todo género de distracciones honestas, medios de estudio, y lo que es mejor aún, los goces de la amistad cristiana. Pero el domingo principalmente es cuando esta fundacion adquiere toda su importancia. Abrese desde las primeras horas de la mañana, y todo el dia reina la mayor animacion en villares, sala de juegos y biblioteca; en el piso superior se han establecido habitaciones donde los obreros recién llegados á París encuentran un alojamiento provisional y un director que les aconseja y busca colocacion; tiene tambien jardines con toda suerte de aparatos gimnásticos; por último, hay una gran sala donde escuchan las conferencias de un buen orador, y en cuyas pa-

redes se ven multitud de cuadros, metódicamente colocados, en que está representada la historia de las artes industriales. Una vez casados, no pueden formar parte del círculo, porque siendo ya padres de familia, el hogar doméstico y no el círculo debe ser el centro de sus distracciones. Tal es el círculo de Monte Parnaso, y como éste son todos los demás; lo que Mr. Cochin ha hecho en él, sus admirables conferencias, su amistad, su llaneza con todos los obreros á quienes conocia personalmente, se adivina en estas palabras que un día de su santo le dirigieron: «Os amamos, porque aunque nuestras manos sean rudas, nuestro corazon es tierno, y vuestra solicitud, vuestro afecto y vuestra enseñanza nos eleva á nuestros propios ojos.» Todavía nos queda un bello pormenor que contar á nuestros lectores. No queriendo Mr. Cochin privar á sus obreros de ninguna clase de goces quiso que no careciesen tampoco del de hacer bien. «Este placer es de aquellos, decia, que se creen reservados á los que pueden dar de su bolsillo; no es exacto: Dios no ha podido reservar un placer tan vivo y tan puro á unos pocos; y lo ha concedido á todos. Así es que en estos círculos hallan su providencia secreta muchas familias pobres. Todos los domingos turnando hacen algunos obreros sus visitas y vuelven llenos de aquella satisfaccion é íntimo contento, que causa el haber contribuido á disminuir en algo la miseria que pesa sobre nuestros prójimos.»

Mr. Cochin dejó tambien un imperecedero recuerdo de su actividad y de su ardiente amor al obrero en la Compañía de espejos de San Gobain, vasta explotacion industrial de suma importancia. Todo cuanto en ella trabajó lo pueden adivinar nuestros lectores; más no podemos detenernos á enumerar sus buenas obras, tanto más cuanto que dejando de lado muchas de las más meritorias, que no hemos podido ni siquiera mencionar, tenemos que concluir diciendo tan sólo cuatro palabras de las *Hermanitas de los Pobres*, si hemos de citar algo de la muerte de nuestro héroe y poner así natural término á este largo y enojoso artículo.

La admirable institucion llamada *Hermanitas de los Pobres* veíase en el mayor apuro teniendo que abandonar su casa

por efecto de derribos municipales, y no pudiendo encontrar en Paris donde alojar sus 180 ancianos, pues todo el mundo se negaba á aceptar tan molesta vecindad. Acudieron á Mr. Cochin, y nuestro amigo se desvivió por conjurar este peligro con su ardor característico; y gracias á un socorro anónimo de grande importancia y á la actividad de Mr. Cochin, que proporcionó fondos empezando por suscribirse por una cantidad considerable, pues era su costumbre predicar con el ejemplo en tales casos, pudieron, no ya hallar alojamiento, sino comprar un terreno y edificar una gran casa, que dirigió é inspeccionó el mismo Cochin con zelo é inteligencia extraordinarias.

Hemos terminado. Nuestros lectores conocen ya, por más que hayamos tenido que omitir muchas cosas, lo que fué Mr. Cochin. Trabajador infatigable, ardiente, sincero, lleno de fé y de caridad, el amor á sus creencias y á sus semejantes fueron el poderoso móvil de sus múltiples y variadas acciones, lo mismo en el terreno de la polémica y de la política, que en el de la caridad y la enseñanza. Una vida breve, pero tan santa, un zelo religioso tan grande, debian preparar necesariamente su alma, profundamente católica, á una muerte ejemplar. Así sucedió; en efecto, y vamos á concluir demostrándolo con la rápida reseña de su breve enfermedad y de su edificante despedida de este valle de lágrimas.

IV.

Agobiado de tareas, trabajando noche y dia, como si presintiera que su vida terminaba, «Es preciso no presentarse á Dios con las manos vacías,» contestaba Mr. Cochin á los que le reprendian por la excesiva laboriosidad que por momentos iba acabando con sus débiles fuerzas. Y con efecto; no es posible hacer más por su fé y sus semejantes, de lo que hizo Cochin en su breve carrera por este mundo, de donde no partió para llamar á las puertas de la eternidad con las manos vacías, sino llenas, y muy llenas seguramente.

Desde principios de Febrero de 1872, comenzaron á alarmarse por su salud la familia y amigos de Mr. Cochin. Su traba-

jada fisonomía, su extenuacion creciente, su debilidad, no podian engañar á nadie. No queria descansar, sin embargo, y sólo la muerte vino á darle el reposo de que tanto habia menester! El 16 de Febrero cayó gravemente enfermo, y desde el primer instante comprendió que su mal era de muerte, por más que á su alrededor se esforzaban todos en convencerle de lo contrario. El sacrificio de la existencia fué muy difícil y doloroso para Cochin en los primeros momentos. Sus nobles aspiraciones; la vida pública tan buscada y que se le escapaba cuando iba ya á alcanzarla; el morir así tan jóven, sin haber hecho todo lo que podia y estaba haciendo, sin llenar su aparente destino, le affigia cruelmente. Mas esta amargurá, ¿qué es, al lado de las que sintió como padre de familia? Su mujer, sus hijos, que eran su justo orgullo, y á quienes amaba tiernísimamente, quedaban sin guía en el momento que éste les era más necesario. Todos estos pensamientos le turbaron y afectaron hondamente; mas la fé del cristiano triunfó pronto, y la misericordia divina apartó de su mente y de su corazon el cáliz de amargura, dándole la paz en el Señor. Cuando Cochin se sintió victorioso é inundado de la gracia suprema, de ese amor de la patria celeste, con que el Todopoderoso favorece la muerte de los justos, quiso que su familia gozase con él de esta ventura. Desde entónces no se apartó su mirada de Dios un sólo instante. Los grandes dolores, los sufrimientos de su enfermedad los aceptó, no ya con dulzura y con paciencia, sino hasta con alegría. No se escapaba á su vista ni el más pequeño de los servicios y cuidados que le prestaban, y á todos expresaba su gratitud bondadosísimamente. La primera vez que fué á verle el obispo de Orleans, le tendió la mano, diciéndole: « Me siento morir por momentos, y muero en la fé de la Iglesia católica, sumiso y creyente. » Monseñor Dupanloup quiso distraerle de su presentimiento, mas le interrumpió diciéndole: « ¡ Ah! No deseo vivir sino para servir á Dios, y morir más que para encontrarle. » Otro dia, notando que siempre estaba á su cabecera la superiora del hospital de Versailles, la amonestó dulcemente: — « Os debeis á vuestros quinientos enfermos, y no haceis bien, la dijo, de abandonarlos por uno sólo. » — « Nuestro santo fundador, Vicente de

Paul, replicó la monja, nos ha encargado tambien que cuidemos á los bienhechores de los pobres. »—« ¡Oh! Bienhechor de los pobres, ¡qué hermoso título! Es el único que he ambicionado en mi vida, murmuró el paciente. »—Como su mal se prolongaba y Cochin no podía vivir sin hacer bien ni áun hallándose moribundo, comenzó á escribir una bellísima carta á Mr. Thiers, entónces presidente de la república, recomendándole la monarquía como única solucion posible para Francia; mas la muerte vino á interrumpirle en aquel postrer destello de amor á su patria, y la carta fué entregada más tarde en dicho estado. Este fué su último acto, verdaderamente humano. Vamos ahora á traducir del libro de Mr. de Falloux el relato de sus admirables últimos instantes, de cuya bella narracion no queremos privar á nuestros lectores, que encontrarán en ella saludable enseñanza.

«Despues de bendecir á su desolada familia, de despedirse de sus amigos, á quienes repetia sentirse muy feliz, como probaba el oírle repetir de continuo, con voz desfallecida, aquellas hermosas palabras de Santa Teresa: «Señor, Señor, hora es ya de vernos;» despues de un último adios, lleno de inspiracion cristiana, sin ostentacion ni flaqueza, pidió él mismo la extremauncion. Ya hacía dias que, en un altarcito colocado en su cuarto, habia celebrado varias veces misa el obispo de Orleans, y le habia dado la santa comunión, que recibieron al mismo tiempo sus suegros, su mujer, sus hijos y todos los criados. El dia 12, á las tres de la tarde, recibió el postrer sacramento; todos cuantos pudieron asistir estaban arrodillados á la entrada y alrededores de su cuarto; junto al lecho se hallaba su confesor. El obispo de Orleans pronunció las sublimes oraciones de la muerte, con la voz entrecortada por el llanto. El enfermo, como se veia en el movimiento de los labios y en la expresion del semblante, se unia desde el fondo de su alma á las palabras del prelado. Despues de concluida la ceremonia, dijo á monseñor Dupanloup, con voz ya muy débil: «¿Con que voy á encontrarme, por fin, con mis amigos Montalembert, el abate Perreyve y el P. Gratry? Decid á Falloux, á Broglie, á todos los que quedan, que rezo por ellos.» Recibió de nuevo la santa hostia, con una piedad

que brillaba aún en su ya descompuesta fisonomía, y se le oyó murmurar sus últimas palabras. La hermana de la Caridad que estaba junto á su lecho, se inclinó para escucharlas, y oyó claramente estos versículos sagrados: *In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu Domine singulariter in spe constituiste me.* ¡La santa fé, que llenó su vida, le inspiraba su postrer esfuerzo! Perdió en seguida el conocimiento, y murió despues de una agonía dolorosa, el 15 á las nueve de la noche, sin haber gozado del consuelo de saber que el Santo Padre le envió su bendicion, por telégrafo, la noche del 13. »

Tal fué la ejemplar y edificante muerte de Agustin Cochin, á los 48 años de edad.

Los funerales fueron una manifestacion pública de dolor, y una gran enseñanza de lo que pueden la fé católica y la caridad. La contemplacion de aquellas larguísimas filas de obreros, llorando á lágrima viva detrás de su féretro, era la más evidente prueba de que el cáncer social no es incurable, de que puede arrancarse el alma del obrero de las garras de *La Internacional*; pero tambien de que el camino de hacerlo, el camino *único, pero seguro*, es el que nos enseñó Mr. Cochin, y los resultados han comprobado: *cristianizarlos y cristianizarse*. Si las clases ricas, si los patronos y capitalistas, cumplen con su deber, cual lo hizo Mr. Cochin, recogerán el mismo opimo fruto. Con espíritu cristiano hay caridad, hay justicia en el patron; hay buena conducta, hay resignacion, hay prevision en el obrero: el ahorro, el bienestar, las fundaciones moralizadoras, la baratura de la vida fabril, salen, y se deducen lógicamente de estos precedentes; y el problema, ese temerosísimo problema social, *se resuelve*. Buscar en otro lado el remedio, es perderse, extraviarse y no hallar solucion posible. La breve reseña de la vida de Mr. Cochin, de ese hombre admirable, de ese católico ejemplar, lo prueba hasta la evidencia; y aunque rápida é incompletamente, la hemos escrito con tal objeto. Éste héroe debe ser un guía, sus acciones un modelo, y todos los que nos interesamos en que no se despedacen los hombres unos á otros, movidos por la envidia y los malos instintos, hijos del desequilibrio que producen siempre la falta de fé religiosa y de amor al prójimo, que se

traduce por egoísmo en los ricos, y por la pasión del robo y del despojo en las clases obreras, tenemos el deber de asemejarnos en lo posible á lo que fué Mr. de Cochin.

Concluiremos con las bellas frases con que termina Mr. de Falloux su biografía, y que encierran este mismo consejo:

«En un siglo tan turbado, que busca con angustia su direccion y sus creencias, la vida de Agustin Cochin enseña cuál es la verdad; en tiempos en que el cristianismo se presenta como sospechoso, enseña lo sublime que es su inspiracion; en un momento de division, en que los que militan bajo una misma bandera se arman unos contra otros, muestra cómo se puede conservar sensatez en medio de las pasiones; firmeza en la lucha, ser inquebrantable en la fé, *caritativo antes y despues del combate*; cómo se puede ser cristiano militante, sin dejar de ser hombre de su siglo; amar la religion y buscar la ciencia; someter su vida á una autoridad incontestada, y defender la libertad en sus justos límites; cómo se puede buscar en la industria el mejoramiento de las almas, sin perjuicio del progreso material; cómo la elocuencia es tanto mayor, cuanto más noble es la causa que sirve; cómo es posible ser hombre de mundo y de sociedad, sin dejar de pensar y ocuparse de los que sufren; y por último, cómo se puede utilizar en favor de los pobres y los desheredados, la influencia ganada entre los ricos y los venturosos.»

EL CONDE DEL LLOBREGAT.

SECCION HISTÓRICA.

VIAJE HISTÓRICO Y PINTORESCO

Á LA SIERRA DEL ALTO-REY (PROVINCIA DE GUADALAJARA).

V.

Las cuatro de la tarde serian en efecto, cuando despues de penosa subida, que el entusiasmo juvenil suavizaba, llegamos á la derruida fortaleza. El panorama que desde su altura se descubre es magnífico y verdaderamente poético. Por el SE. se descubren los fértiles campos de Riosalido, La Olmeda y Sigüenza, en una extension de más de cuatro leguas. Por el lado de Poniente la extensa vega de Tordeloso, Cañamares, Albendiego, Hijes y Miedes; por el N. la gigantesca cordillera de Pela y en diversas direcciones cerros más ó ménos elevados, coronados de castillos, como otros tantos baluartes de defensa sometidos al sistema general de castramentacion de esa parte del territorio castellano.

Porque no vaya á creerse que era este castillo de Atienza una fortificacion aislada destinada exclusivamente á la defensa de la villa sobre que se levantaba; este castillo como todos los de igual clase erigidos en nuestra patria, obedecian á un plan perfectamente combinado de defensa, y de tal suerte estaban dispuestos que podian mutuamente socorrerse y formar una inquebrantable cadena de resistencia, que al propio tiempo que servia de apoyo para las operaciones militares, daba seguridad y reposo al territorio reconquistado. Eslabon principal de esta fuerte cadena de una parte de Castilla la Nueva era, como digo, el castillo de Atienza.

Dedúcese de este hecho, que una ligera observacion puede comprobar, una diferencia esencialísima entre los castillos que coronaban las cumbres de nuestras montañas y los que el territorio de otras naciones ostenta todavía. Eran por lo

regular estos últimos soberbias fortalezas feudales donde la indomable rudeza de los señores se atrincheraba, para desde allí ejercer un dominio despótico sobre sus siervos y vasallos; los castillos de España eran en su mayor parte fortalezas con que el brazo de nuestro pueblo se robustecía, para romper el férreo yugo de la dominación agarena y rescatar la libertad y la independencia de la patria: baluartes en otros países del despotismo, son las fortalezas en España baluartes de la libertad.

No es esto decir que en España no sirviesen los castillos alguna vez para atrincherarse en ellos los levantiscos señores y desafiar desde sus almenas el poder de los reyes; pero á parte de que la excepción no destruye la regla general, este destino de las fortalezas españolas comenzó cuando el espíritu cristiano de la reconquista iba decayendo y fué casualmente la causa de su ruina prematura en los días de los Reyes Católicos que ordenaron su demolición.

Pero volvamos la vista al castillo de Atienza cuyo aspecto solemne y monumental, bañado en el ambiente de idealidad y misterio que circunda las páginas de piedra de esta marcial arquitectura, impresiona fuertemente la imaginación y abre á sus rápidas alas vastos horizontes iluminados por la gloria y el heroísmo de nuestros mayores.

Nada ménos que tres recintos de murallas defendían la inhiesta fortaleza, todos de construcción robusta aunque de diversas épocas. Y aunque es muy cierto que este género de monumentos ofrecen en su disposición, en sus baluartes y atrincheramientos la patente de su abolengo, más clara y más precisa que en las páginas de un historiador, no lo es ménos que en el estado de completa ruina en que hoy se hallan, los muros destruidos, las bóvedas desplomadas, las piedras obstruyendo los pórticos, la yerba tapizando los desmantelados almenares y las solitarias explanadas, se hace muy difícil descifrar esos vastos geroglíficos de piedra y adivinar el misterio de su origen y filiación. No sé por lo tanto si pecaré de atrevido al afirmar que el castillo de Atienza comenzó á existir en la primera mitad del siglo xiii, si bien modificado en los siguientes siglos por las reparaciones que harían ne-

cesarias los duros estragos de la guerra. Fundo mi opinion en los escasos restos de construccion que subsisten caracterizando el tipo arquitectónico de esa época, en que el estilo gótico lucha con el sajón y revela las innovaciones introducidas en la arquitectura militar por los primeros cruzados que trajeron del Asia importantes descubrimientos. El corte de las arcadas, el tipo de los muros, la disposicion de los adarves y troneras, todo está declarando su abolengo. Y como si los vestigios de su antigüedad que aún hoy se contemplan no fuesen bastantes á revelar su origen, una noticia reciente viene á mi juicio á confirmarlo (1). Dos años há que vino al suelo un torreón cuadrado que debajo de la torre del SE. se levantaba y en el cual subsistian perfectamente caladas las simbólicas ladroneras de los ballesteros, formando una cruz rasgada sobre la mira circular. Este género de ladroneras caracteriza tan fielmente el tiempo de las cruzadas, que no sería aventurado suponer que los caballeros templarios ú hospitalarios tuvieron grande intervencion en la construccion de esta fortaleza.

La traza es cuadrilonga y mide una superficie de 300 piés de N. á S. y sobre 50 de E. á O. Flanqueaban sus frentes de N. y S. formidables torres cuadradas; dominando la gigantesca del homenaje que aún conserva en uno de sus ángulos el airoso baluarte circular coronado por un antepecho desde el cual se domina inmenso panorama.

Tres recintos de murallas se descubren, como he dicho, por debajo del castillo: la primera, de débil resistencia, ya no existe; por ella se salía á la plaza de armas, que hacian inaccesible su posicion escarpada y sus murallas con torreones circulares: la segunda, de 3 varas de espesor á 1.354 pasos de longitud, tenia tres puertas guarnidas de fuertes torreones; principiaba al E. de la plaza de armas, y atravesando la villa en forma de semicírculo, venía á enlazarse con el castillo por el O.: la tercera muralla, flanqueada por 15 torreones, marchaba de N. á S., tambien en forma de semicírculo,

(1) Debo esta curiosa noticia al distinguido abogado de la Villa D. Ceferino Garcés y Lozano, quien con tanta amabilidad como modestia me la ha proporcionado.

y la daban comunicacion con el campo dos puertas principales, la de *Antequera* y la *Salida* ó la *Salada*, como se llamó antiguamente.

VI.

Pero remontémonos otra vez al castillo, recitando los conocidos versos de la cancion á Itálica :

..... Por tierra derribado
 yace el temido honor de la espantosa
 muralla, y lastimosa
 reliquia es solamente.
 De su invencible gente
 sólo quedan memorias funerales,
 donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
 este llano fué plaza, aquél fué templo:
 de todo apenas quedan las señales:

 Las torres que desprecio al aire fueron,
 á su gran pesadumbre se rindieron.

Ya llegamos por fin, y para descansar de la ágría pendiente nos sentamos al pié de la elevada torre del Homenaje, que hoy sólo lo recibe de la soledad y el olvido. ¡Qué lugar más á propósito para profundas meditaciones!

La villa tendida á mis piés como una alfombra de ruinas; el sol, próximo á su ocaso, brillando rojizo como la boca de un horno entre los densos vapores que flotaban sobre los montes; el viento de la tarde gimiendo en los desmoronados baluartes, y las golondrinas que allí tienen sus nidos lanzando gritos agudos al pasar por encima de mi cabeza. La imaginacion entónces ligera y diáfana se mecía en aquella atmósfera de poesia y de idealidad, trasportándome á otros dias de más ricas ideas para la mente y de más nobles sentimientos para el corazon. Ante mis ojos iban pasando como los cuadros sucesivos y rápidos de una comedia de magia todos los hechos de que fueron teatro aquellos

Campos de soledad, mustio collado.

Primero los indomables Tythios, que en union con los arévacos y pelendones combatian contra Roma, resistiendo con infatigable denuedo á los soldados de Pompeyo, que sólo des-

pues de muerto Sertorio y derrotado Perpena lograba penetrar en esta poblacion de la Celtiberia. Luégo, por un cambio completo de decoracion, se ofrecia á mis ojos cubierta la colina y sus extensas vegas de brillantes medias lunas, bajo las cuales como torrente desbordado corrian los fanáticos sectarios de Mahoma, ansiosos de extirpar la cruz de Cristo y ensanchar por Europa los extensos límites de su imperio. De lo alto de la sierra, y como piedra arrojada desde la cumbre, veia descender de pronto á Alfonso III y rescatar de los moros la plaza, que volvia á sucumbir al furor de Almanzor, que la destruia casi por completo. Poco á poco se levantaba la villa de sus cenizas para recibir la libertad en 1012 del conde Sancho García, si bien por dura prueba de la suerte inconstante volvia á caer en poder de los moros, que con gran ardimiento se disponian á sostenerla. Pero en vano; que ya asoman por las estrechas gargantas de la sierra las invencibles huestes del Cid, que arrollan con la indomable pujanza de sus armas á los defensores de la villa, cuyo rey, con los de Sigüenza, Guadalajara, Talavera y Madrid, formaron el botin de Ruiz Diaz en esta memorable campaña; de que la tradicion guarda memoria y la poesía épicas relaciones.

¿Dónde se dirige esa misteriosa cabalgata que á deshora de la noche sale por la puerta de Antequera y se interna en las gargantas de la sierra con paso rápido, como si quisiera escapar de las asechanzas de un enemigo implacable? Son los recueros de la villa, que secundando el celo de los Laras han acogido en su recinto al rey niño D. Alfonso VIII, y para librarle de las asechanzas de su tio D. Fernando, el rey de Leon, le conducen á Avila por caminos desusados, logrando de este modo acreditar su intrepidez incomparable y su lealtad acrisolada (1).

Un cambio de escena me conducia luégo á presenciar las dolorosas luchas de Don Pedro de Castilla y su hermano Don Enrique, luchas de que participó Atienza al ser ofrecida al

(1) En memoria de este hecho consérvase aún la hermandad denominada de los *Recueros*, que con gran alegre romería celebra todos los años la famosa cabalgata en una de las ermitas extramuros de la villa.

odioso Duguesclin por ambos contendientes en los campos de Montiel, por precio de rescate de parte de Don Pedro y por premio de menguados servicios de parte del fratricida. El aventurero la recibió en el último concepto; pero más inclinado á la ruin ganancia que á la ostentosa vanagloria, vendióla al donador en 260.000 doblas, volviendo á la corona de Castilla, de este modo convertida en tienda de traficantes. Tras de corto paréntesis la decoración cambiaba para representarme el sitio que en 1446 le pusiera Don Juan II, ó más bien su célebre privado D. Alvaro de Luna, para arrancársela al rey de Navarra, que más atento á dominar en Castilla que á gobernar en su reino, fué el foco principal de las revueltas que ensangrentaron, con provecho de la morisma, los reinos cristianos durante la primera mitad del siglo xv.

Tal vez desde el mismo sitio que yo ocupaba contemplase Rodrigo de Robledo, el caballeroso y bravo defensor de la plaza, las intrépidas huestes sitiadoras que dirigidas por el valor y pericia del Condestable invadieron el 28 de Julio de 1446 el arrabal de la villa, llevando D. Alvaro su arrojo hasta el extremo de acometer él solo contra la puerta principal de aquella y sellar allí con su sangre el testimonio de fidelidad del débil Don Juan II, que más tarde, habia de hacerle expiar en un cadalso los defectos de una vejez combatida por los émulos de su gloria y de su poder.

¡Qué contraste tan notable el espectáculo que aquellos campos y murallas presentarian en Julio de 1446, y el que en Julio tambien 428 años más tarde, ofrecian á mis ojos!

Al rumor de los atambores, al clamor de las trompetas, al canto de los mesnaderos, á los gritos de los farautes, al estruendo del combate y á la agitacion de la vida guerrera, ha sucedido el silencio sepulcral de las ruinas que sólo interrumpe la caída de los vetustos sillares que desprendidos de los muros, ruedan por los hacinados escombros dejando tras de sí un eco sordo y pavoroso que se extingue lentamente bajo las despedazadas bóvedas del castillo. ¡Así cambian los tiempos! ¡Así se mudan los pueblos! ¡Así sucede á la juventud alegre y bulliciosa del hombre la vejez callada y melancólica!

El teatro histórico de Atienza representaba, por último, á mis ojos, tras de escenas de escaso interés, la invasion francesa de principios del siglo actual, invasion cuyas huellas se descubren aún grabadas sobre los archivos de la villa incendiados, y sobre los templos saqueados por la vil soldadesca.

Al llegar á este punto, el dilatado horizonte se iba oscureciendo, mientras la brisa de la noche refrescaba mi frente enardecida por el calor de los recuerdos, y veia entónces levantarse de entre las ruinas imponentes y medrosas de la fortaleza, envueltos en blancos sudarios, los caballeros que allí habitaron en otro tiempo, como D. Pedro de Navarra, Don Antonio de Peralta y D. Pedro Enriquez de la Caora, al obispo de Badajoz D. Alonso Manrique y á otros ilustres personajes que venian á llorar sus infortunios entre los melancólicos restos de sus duras prisiones, repitiendo con acento lúgubre el: *¡Pulvis et umbra sumus!*... ¡Pensamiento profundo que jamás debieran olvidar los hombres, y especialmente los que rigen los destinos de las naciones! Y la noche entre tanto avanzaba con su cortejo de fantasmas aterradoras, fantasmas gigantescas que descendian de los montes para cubrir con negros paños el vasto sepulcro de tantas grandezas. Y en medio de la oscuridad dominado por el encanto que tienen para mí la soledad y el silencio de las ruinas, forjaba en mi mente historias imposibles, evocaba los génius de otras edades para que las embelleciesen con sus creaciones sublimes, presentia para mi patria dias de gloria como los que pasaron y adoraba á Dios en la grandeza de su poder y los designios de su Providencia, porque sólo Él convierte en ruinas la grandeza de un pueblo para castigar sus pecados, y sólo Él levanta estas ruinas y restaura la grandeza de éste pueblo caido para premiar su arrepentimiento.

Cuando en estas meditaciones me hallaba sumido, la luna aparecia en el horizonte, grande y redonda como el escudo de un gigante, y sus rayos melancólicos bañaron en una luz dulce y suave el pañorama de las ruinas. Pero al contemplar la luna que se levantaba sobre los cerros de mi ciudad natal, vinieron á mi mente los tiernos recuerdos de mi infancia, las tardes apacibles de invierno en que desde aquellos sitios con-

templaba lleno de extraña curiosidad el castillo de Atienza, sobre el cual creía descubrir aún el pendon concejil de la villa que ondeó victorioso sobre las Navas de Tolosa. Y confusa la mente entre el torbellino de recuerdos que la asaltaban y hondamente agitado el corazón por los diversos sentimientos, que éstos recuerdos le producian, dejé aquellas imponentes ruinas para atravesar á la luz de la luna las vegas de Tordeloso y Cañamares y pernoctar en Albandiego sobre una saca de paja, que no hallamos más cómodo alojamiento en ese pueblo, que pasa por uno de los mejores de la sierra del Alto-Rey.

Y al llegar á este punto, creo conveniente, dar descanso á la pluma, que hartó es lo dicho para que tambien ló necesite la atencion de los lectores.

(Se continuará).

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

(Por falta de espacio no insertamos hoy en este lugar la prosecucion de los documentos de Cartagena.)

CRÓNICA Y VARIEDADES.

Á M A R Í A .

Arca en que la fé se encierra,
del cielo Reina y Señora,
bondadosa bienhechora
de los hombres en la tierra;
¿quién alza la impía guerra
contra tí, que la paz eres,
si en eternos caracteres
llevas por diadema escrita:
«Bendita de Dios... Bendita,
entre todas las mujeres?»

De la duda error prolijo
jamás mi pecho taladre...
Cuando era niño, mi madre,
—hay una Virgen, me dijo,
que es la madre del Dios Hijo,
es la luz de la verdad —
y de tu excelsa bondad,
dones recibiendo, hoy hombre,
adoro tu santo nombre
con fervorosa humildad.

R. O. (bilbaino).

Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona. En dialecto catalan se ha publicado por el presidente y vocales de dicho Consistorio el cartel de convocatoria para los del presente año 1875. Se ofrecen varios premios á los autores que presenten trabajos literarios en la plazeta de los Ciegos de la Boquería, núm. 1, piso primero, ántes del medio día del 15 de Abril próximo; y los premios serán adjudicados el día 2 de Mayo en la fiesta poética de los Juegos Florales. Como se ve, con varias formas y perseverantemente se sostiene en la hermosa ciudad condal el movimiento literario, de que á veces hemos hablado á nuestros lectores. Bien nos parece que en aquel emporio de la industria se cultiven con afán las letras, para que pueda aplicarse allí, como conviene hacerlo en todas partes, la máxima civilizadora: *no de solo pan vive el hombre.*

Consecuencias del cisma de Cuba. — Hemos sabido con la mayor extrañeza que el Sr. Llorente, promovedor del cisma de Cuba, ya por fortuna terminado, se presentó no hace muchos días en el Tribunal Supremo, vestido de obispo, á declarar en la causa que contra el mismo se sigue. Tal osadía nos parece digna de la mayor censura en una persona que se halla excomulgada *nominalmente* por la Santa Sede, y creemos que el Gobierno y las autoridades deben poner coto á tamaño abuso.

Carta sobre «La Hoja Popular.» — Es notable la siguiente que con gusto damos á conocer á nuestros lectores:

«Sr. D. Carlos María Perier. — Chiclana de Segura y Febrero 17 de 1875. — Muy señor mio: Hace algun tiempo que vengo recibiendo *La Hoja Popular* como suscritor al *Magisterio Español*, la que, despues de leer entre los alumnos que concurren á las escuelas públicas de niños y nocturna de adultos de esta Villa, la he hecho circular entre mis compoblanos; debiendo manifestarle para su satisfaccion, que los resultados obtenidos en este pueblo han sido satisfactorios; pues como quiera que la referida *Hoja* ha visitado hasta los sitios más recónditos de esta poblacion, se ha hecho tan necesaria, que la inmensa mayoría no cesa de reclamarla, considerándola como su mejor amigo.

Por lo que, en vista de su gran aceptacion y del no menor bien que á la juventud de este pueblo pueda prestar, me atrevo á molestar su benévola atencion, interesándole para que se sirva remitirme, cuantas veces se publique, 25 ejemplares, debiendo dar comienzo (si le parece), por las ya publicadas, en la seguridad de que hará V. á este dócil pueblo el mayor bien, y que sabrá corresponderle con su inmensa gratitud.

Doy á V. las más expresivas gracias anticipadas, aprovechando esta ocasion para ofrecerme como su más atento amigo seguro servidor que besa su mano. — BERNARDO SANTORO MIHI.